

Juan González Arias, Cabellera, figura con el nombre y los dos apellidos que son muy alcazareños, pero necesitaba la coletilla de la cabellera para conocerlo de golpe, aun en las escrituras y tal vez se lo dijeran, como a Melenas por no tener ni un pelo.

En el mismo caso está Francisco Sánchez Moracho, mote que continúa también.

Hay motes pretenciosos, como Matías el Mariscal, tal vez por haber servido en algún cuerpo de muchas charreteras. Y Francisco Lucimiento, al que se le ve la vanidad con pronunciarlo.

No faltan los grotescos, como Cristóbal Rodríguez Cipote, Alfonso López Malrasca, Juan Chocano Peliblanco, Manuel Varilla, Manuel Mojados Puntilla y Francisca Vaquero Puntilla. Cenaoscuras, El Partero, El Pelillo, Tenaza, José Peluca, Alfonso el de la Capona, Manuel Rodríguez Preñado.

Otros muchos que nos son familiares todavía. Vicente Román Rulo y Manuel Cabezas Rulo —lo sería por su madre—, José Romero Benalaque —entre ellos andaría la raíz de mi abuela Rufina Roper, la mujer de Rufao—, José Ramos Cotorro y Juan Ramos Cotorro.

Juan Ligerero Parrillano, porque sería de la Parrilla y Bernardo de Yeres, que podría ser de ese pueblo o llamárselo de apellido, porque aquí hubo algún Bachiller que fundó vínculos con ese apellido.

Cristóbal Habas, Antonio de Ubeda Borla, María la de la Fruta, Manuel Romero el Blanco, Juan Romero Garipola (que sigue), Julián Barriga.

El apellido Paniagua lo escriben casi siempre separado. Pan y Agua, cada cosa en su lugar, como seguramente fue en su origen.

El apellido Montealegre también

lo escriben separado, por un lado la alegría y por otro el monte, como todavía se conservan muchos y de otros hemos asistido a la contracción: Mont - Blanc, Mont - Juich, Mont - Serrat, etc.

Son frecuentes las palabras mayor y menor después de los nombres completos por haber dos o más hermanos con los mismos nombres, cosa que era menos clara que lo de Santicos y otros con los aumentativos y diminutivos, Antonio ,Antoñico y Antoñete tuvo Santicos y nadie se confundió.

Nuestros antepasados tuvieron muy buen sentido al aplicar los motes incluso después de los apellidos para hacerlos inconfundibles y de una forma natural y sencilla sin que nadie se molestara.

Juan Pérez Ortiz, Menor, que es uno de los varios observados, se cae de puro vulgar, tan falto de originalidad y vigor que parece hasta cursi, cosa impropia de la rudeza masculina ancestral.

Alonso Díaz Ropero Quirós, Menor, no le falta requisito y es bien demostrativo de hasta dónde llegaba la confusión con los nombres.

Esteban Penal, Miguel Rodríguez Preñado, Luis Cardona. ¿Sería este el del Pozo? Pudo ser pero desde luego no por vivir allí porque tenía la casa en la calle del Verbo y en ella dos jumentos para la labor.

Y aquí queda el corte con Juan Tarín, al que se le ve a menudo tocando la trompeta delante de la formación: Tararí, tararí, tarín, tarín.

En la clasificación de los vecinos y de sus ocupaciones, asaz interesantes, están muy al principio los **peujareros** por lo que se ve que ya entonces había llegado el vocabulario alcazareño a la corrupción de la palabra **pegujal** e incluso variándole su sentido, llegando a nuestros